

En torno al enigma de sor Juana Inés de la Cruz

Javier García

A lo largo de 1995 mucho se escribió y mucho se habló para recordar el III Centenario de la muerte de sor Juana Inés de la Cruz, sobre su tiempo, sus orígenes y su obra. Sobre todo, mucho se debatió sobre su enigma o sus enigmas. Tirios y troyanos volvieron a hacer de la monja de San Jerónimo bandera de opuestos bandos. En buena parte el ruido de las voces no dejó oír la voz que más interesaba, la de ella misma. Antes de hablar sobre sor Juana y para hablar adecuadamente de ella, pienso, habría que detenerse, como el caminante al mediodía junto a la fuente, y beber de su obra y de su poesía. Octavio Paz, con su libro *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, (1982), probablemente sea el autor que más hondo ha calado en su obra poética. Poeta él mismo y escritor inteligente, nos ha dejado comentarios lúcidos de su producción poética y dramática, en la quinta parte de dicha obra, *Musa Décima*.

En este trabajo nos proponemos reflexionar sobre dos de los «enigmas» de sor Juana Inés de la Cruz: ¿Por qué dejó de escribir dos años antes de su muerte? Y ¿Quién fue el padre de sor Juana? Para responder al primer enigma, comentaremos algunas obras suyas, como la poesía *Finjamos que soy feliz*, la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, y aludiremos de paso a *Primero Sueño* y a la *Carta al P. Antonio Núñez de Miranda*. Para responder al segundo, aportamos recientes estudios que parecen clarificar definitivamente la cuestión.

I. ¿Por qué dejó de escribir sor Juana Inés de la Cruz dos años antes de su muerte? ¿Interrupción o continuidad?

Uno de los interrogantes que más han inquietado a historiadores y comentaristas literarios de sor Juana Inés de la Cruz durante el presente siglo es por qué habrá dejado de escribir dos años antes de morir. Es un hecho que en 1693 vendió su biblioteca e instrumentos musicales y científicos, a través del arzobispo de México, Francisco de Aguiar y Seijas, y distribuyó lo recabado entre los pobres. Y que poco después, en 1694, interrumpió su actividad literaria (sólo se conoce un romance incompleto posterior a esa fecha), privando al mundo de obras maestras que indudablemente podría haber producido en esos dos años que van de 1693 a 1695, fecha de su muerte: tenía ella cuarenta y cuatro años y estaba en la cumbre de su fama y en la plenitud de su madurez como poetisa.

¿Qué factores intervinieron para llevarla a renunciar a sus amados libros y para colgar su lira? El debate es amplio y complejo. Resumimos el juicio de O. Paz, que lo ha estudiado ampliamente.

Se han dado varias y encontradas interpretaciones del hecho de que sor Juana Inés de la Cruz dos años antes de su muerte haya vendido su biblioteca y dejado de escribir. Una, la tradicional, hasta la primera mitad de nuestro siglo, es la de la «conversión». El gesto de sor Juana habría sido renuncia a un género de vida y de actividad, si no pecaminoso, sí un tanto inadecuado para su condición de religiosa y para una mayor vida de oración, penitencia y caridad. Gesto, pues, edificante y lleno de ejemplaridad virtuosa. Así lo han entendido, su biógrafo, el jesuita Diego Calleja, Castorena y Ursúa, en el siglo XVIII; en

nuestro siglo, Alfonso Méndez Plancarte, Alberto G. Salceda, Alfonso Junco, Robert Ricard y varios comentaristas católicos.

En el extremo opuesto, está la hipótesis de la «capitulación» ante las presiones de varios clérigos tan influyentes como mezquinos; sobre todo, ante el arzobispo de México, Francisco de Aguiar y Seijas, ante el jesuita P. Antonio Núñez de Miranda, confesor un tiempo de sor Juana, y ante el obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, amigo y, a la vez, indirecto censor de su saber humano. En esta línea se sitúan Dorothy Shons¹, Ermilo Abreu Gómez² y, sobre todo, Octavio Paz, en la Sexta Parte de la citada obra, *Las Trampas de la Fe*, que da subtítulo a todo el libro.

Ludwig Pfandl³ da una interpretación freudiana: todo en sor Juana responde a una neurosis, con una imagen no integrada de su padre, y a narcisismo, que la llevan a comportamientos ambiguos e intersexuales. Nosotros, por ahora, no queremos entrar a discutir en detalle los argumentos de tales hipótesis. Sólo de paso hacemos algunas observaciones.

Frente a la primera interpretación, decimos: *Troppo bello per essere certo!* Creemos que, en efecto, en su renuncia hubo una motivación genuina de fe cristiana, pero no podemos interpretarla como conversión-ruptura. Por otro lado, no podemos cerrar los ojos ante las dificultades reales que tuvo sor Juana con Aguiar y Seijas y con el P. Núñez de Miranda.

¹ D. Shons, *Some obscure points in the life of sor Juana Inés de la Cruz*, en «Modern Philology», vol. 24, 1926. Y también *Carta abierta al Señor Alfonso Junco*, 1934.

² Cf. *Semblanza de sor Juana* (1938). *Sor Juana Inés de la Cruz. Poesías completas*, Recopilación y prólogo de Ermilo Abreu Gómez (1940). *Iconografía de sor Juana Inés de la Cruz y Sor Juana Inés de la Cruz. Bibliografía y biblioteca* (1934).

³ «Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa de México. Su vida, su poesía, su psicología», traducción de Juan Antonio Ortega Medina; edición y prólogo de Francisco

Frente a la segunda, sobre todo como es desarrollada por O. Paz, hay diversos datos históricos objetivos, como la misoginia de Aguiar y Seijas, su estilo de caridad «compulsiva» —donde el fin parecería justificar los medios, y donde los horizontes son un tanto cortos—. El celo espiritual del P. Núñez de Miranda hacia su dirigida es autoritario, estrecho e indiscreto, como se deduce de la *Carta de la Madre Juana Inés de la Cruz, escrita al R.P. M. Antonio Núñez, de la Compañía de Jesús*, descubierta en 1981⁴. En ella renuncia a su guía espiritual y afirma su derecho a estudiar y escribir poesía. Todo ello hace verosímil la hipótesis de O. Paz, pero no conclusiva: falta documentación para una conclusión definitiva en tal sentido.

En cuanto a la interpretación de L. Pfandl, O. Paz la califica finamente de «interpretación gruesa en los dos sentidos», y nosotros estamos de acuerdo en este juicio de Paz.

Frente a las dos primeras hipótesis aludidas, que tienen en común el interpretar la venta de la biblioteca y la suspensión de su actividad literaria como interrupción de su afán de saber y crear, nosotros colocamos su gesto en *continuidad* con la pasión de toda su vida, alcanzar el saber o la sabiduría humana. Entre la sor Juana entregada al afán de saber y hacer literario, y la sor Juana que vende su biblioteca y muere en servicio a sus hermanas apestadas, vemos una continuidad profunda. Jamás renuncia al saber, a la sabiduría, sino que se empeña más cabalmente en alcanzarla, pero por caminos nuevos. Veámoslo.

⁴ Descubierta por el P. Aureliano Tapia Méndez y publicada por la Universidad de Nuevo León. El investigador Augusto Vallejo estima que dicha carta es históricamente apócrifa por el análisis de una afirmación sobre su dote. Nosotros, admitiendo la dificultad de este dato por resolver, creemos que hay más puntos a favor de la autoría sorjuanista: del análisis literario, de los contenidos, de las circunstancias que refleja, la carta no puede sino provenir de sor Juana Inés de la Cruz. No está fechada y la grafía es de inicios del siglo XVIII, en un momento del

Hoy por hoy nos reduciremos a enunciar la hipótesis, aludiendo a algunas obras de sor Juana. Dejamos para otra ocasión un análisis más razonado.

1. Saber, la pasión de sor Juana Inés de la Cruz

Quizá el rasgo más sobresaliente en la biografía de sor Juana es su pasión por saber, que la sitúa en un espacio de total excepción, por manifestarse en edad tan precoz, por ser expresión de una inteligencia aguda, por brotar con ese vigor que llega a ser en ella dinamismo primordial de su personalidad, y por tener lugar todas estas prendas de excepción en una mujer, que pertenece a la sociedad novohispana del siglo XVII.

Nuestra tesis es que sor Juana lleva el dinamismo de su pasión por saber a sus últimas consecuencias; no se queda a mitad de camino en sus interrogantes y en su búsqueda del saber, sino que quiere llegar a la meta. En esto, una vez más, manifiesta su fuerte personalidad con un actuar vigoroso y decidido.

Su anhelo por saber llega a ser literalmente lo que en términos ascético-espirituales se llama su «pasión dominante», en este caso en sentido no peyorativo, sino indicativo: el polo magnético hacia el que convergen todas sus facultades y el vector principal de su existencia.

Fruto de esa fuerza, casi superior a ella misma, es su admirable saber enciclopédico y su prolífica y excelente creación literaria y poética. sor Juana llega a adquirir un saber notable en humanidades clásicas, en ciencias físico-matemáticas, y en filosofía. Y en teología, algo más que «cuatro bachillerías

superficiales», como dice ella con gracejo en su carta al obispo de Puebla⁵.

Ahora bien, *savoir pour quoi faire?* Todo auténtico intelectual, tarde o temprano se plantea la pregunta crucial: ¿para qué y por qué saber? ¿Qué sentido tiene mi ciencia o mi sabiduría? Sor Juana era poetisa e intelectual y se la planteó, con la pasión que le caracterizaba, sea porque otros le urgían a ello con su envidia, calumnias y malas interpretaciones, sea porque ella busca respuestas profundas. Tratemos de rastrear la articulación de tal búsqueda.

2. El afán por saber, en el romance, *Finjamos que soy feliz*

El asunto de por qué saber se lo había planteado tanto en le *Respuesta*, como en el romance filosófico-moral *Finjamos que soy feliz*, escrito poco antes o poco después de la *Respuesta* (1691), pues repite casi al pie de la letra varios argumentos. Empecemos por el contenido de este poema.

La tesis de fondo de este romance moral es una paradoja sutil, muy del gusto de la monja jerónima: es más dichoso quien ignora, que quien sabe. ¿Razones? Quien ignora sus males presentes, vive más tranquilo y dichoso que quien tiene conciencia de ellos. Por añadidura, si te piensas y crees que eres infeliz o que estás enfermo, terminarás estándolo aunque no lo estés. Es el camino de la hipocondría y de la depresión. Y viceversa, imaginarte dichoso no cambia tu situación real, pero la suaviza y, en ocasiones, la mejora. Es ley de psicología elemental —diríamos hoy—. Todo porque somos unidad viviente de espíritu y materia.

¿Nos está insinuando sor Juana que el rústico ignorante será más de envidiar que el hombre que ha cultivado su inteligencia? Desde luego que no; muy obtusa tendría que ser, y allí está toda su obra literaria para desmentirlo. Se está refiriendo a varios saberes que terminan por hacer infeliz al que los posee, por la actitud con que los posee y usa.

—Así el saber por vana *exhibición* es saber vano, inútil, que no compensa las fatigas del estudio;

—el saber por vana *curiosidad*, a expensas de lo necesario y substancial, es erudición huera y sutileza bizantina:

*También es vicio el saber:
que si no se va atajando,
cuando menos se conoce
es más nocivo el estrago;*

*y si el vuelo no le abaten,
en sutilezas cebado,
por cuidar de lo curioso
olvida lo necesario.*

*Si culta mano no impide
crecer al árbol copado,
quita la substancia al fruto
la locura de los ramos.*

—Pero también se refiere a un tipo de «saber existencial», y aquí se nos descubre una sor Juana extraordinariamente moderna, con anticipaciones del existencialismo de mitad del siglo XX: también habría que renunciar al saber que deriva de la autoconciencia o ejercicio de introspección, cuando uno se vuelve juez demasiado exigente de sí mismo, como ella lo era.

Muchos autores, vgr. L. Pfandl, han hablado de narcisismo en sor Juana, y O. Paz lo acepta, pero volcado sobre su interioridad, como introspección: sor Juana se escruta a sí misma constantemente. Nosotros disentimos aquí de nuestro gran intelectual: si sólo fuera rizar el rizo sobre sí misma, en ejercicio autocomplaciente, sería, en efecto, narcisismo psicológico o espiritual. En esta poesía, sin embargo, se nos revela una sor Juana desconocida: reflexiva, en ejercicio de introspección, pero una sor Juana exigente y dura consigo misma, como su crítico más implacable y su juez más severo al que a veces siente como verdugo. Los quilates de su inteligencia no le permiten quedarse en una autocomplacencia bobalicona, es extremadamente exigente y severa consigo misma hasta hacerse daño.

En efecto, allí donde otros sólo ven luz, ella descubre manchas, donde otros ven abundancia de dones, ella carencias. El obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, admirado de sus conocimientos teológicos en la *Carta Atenagórica*, la invita a escribir sobre los Libros Sagrados —aunque con segundas intenciones para quitarla de sus empeños literarios «profanos»—, como hemos visto. Y ella le responde, sin falsa modestia, sino con verdad (*Así lo siento y así lo escribo*), que no se cree preparada ni digna, y que sobre asuntos sagrados no pasa «de cuatro bachillerías»⁶.

Le ha hecho un retrato un famoso pintor, posiblemente enviado por la corte; y donde todos reconocen el primor de la obra y, sobre todo, la belleza del modelo, ella responde con su famoso soneto:

*Este que veis, engaño colorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores*

es cauteloso engaño del sentido;

*éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,*

*es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:*

*es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada*

Pocas veces el arte alcanza la perfección. Este soneto la toca, con la añadidura que sor Juana no está haciendo un ejercicio de vana retórica poética; está escribiendo no del retrato sino del original, de sí misma; mejor dicho, habla del retrato en los trece primeros versos, tachándolo de «necia diligencia errada»; en el último verso sor Juana, al revés de Alicia, se introduce en el retrato —espejo de sí misma— y, en vez de salir por la puerta falsa hacia el país de las maravillas narcisistas, lo descuelga y lo trae a la realidad, a la triste y trágica realidad humana del *memento mori*.

Estaríamos en pleno existencialismo, más aún, nos veríamos tentados a decir que estamos ante el sentimiento trágico de la vida, unamuniano, si sor Juana Inés de la Cruz, creyente cristiana sincera, no supiera que tras el *memento quia pulvis es et in pulverem reverteris* del Miércoles de Ceniza, está el Domingo de Resurrección, en el que su existencia de mujer se transfigura y llega ser *kainé ktísis*, nueva creatura en Cristo, como dice San Pablo: inicialmente aquí, ya en vida terrena, en plenitud, en el

más allá. Mientras vivimos aquí, nos esperan los achaques de la enfermedad, de la vejez, de la muerte, la tumba, el polvo y «la nada» de este precario vivir humano. Aquí está el espacio para un existencialismo legítimo, aunque no angustiado como quien se aboca a la nada metafísica, sino transido pascalianamente de trascendencia: *L'homme n'est qu'un réseau, mais c'est un réseau pensant!* O como escribiera Quevedo en un famoso soneto: «Polvo serás, mas polvo enamorado».

El saber, la inteligencia aguda de las cosas y de sí misma es, pues, para sor Juana verdugo e instrumento de tortura. Así lo dice en las estrofas 14 y 15:

*¿O por qué, contra vos mismo,
severamente inhumano,
entre lo amargo y lo dulce,
queréis elegir lo amargo?*

*Si es mío mi entendimiento
¿por qué siempre he de encontrarlo
tan torpe para el alivio,
tan agudo para el daño?*

De aquí cogimos mejor el sentido de la «feliz ignorancia» del «indoctamente sabio», del que no sabe saber. No alaba, pues, al rústico frente al culto, sino al que no aguza tanto el entendimiento que lo convierte en garfio de tortura para sí mismo.

El entendimiento de sor Juana es el ojo de un juez implacable de sí misma, que no le da punto de reposo ni alivio. Más aún, lo llama «fuego ingrato»:

El ingenio es como el fuego:

*que, con la materia ingrato,
tanto la consume más
cuanto él se ostenta más claro.*

*Es de su propio Señor
tan rebelado vasallo,
que convierte en sus ofensas
las armas de su resguardo.*

—¿Qué clase de saber aprueba sor Juana? El *saber que ayuda a bien vivir*, que es el vivir recto y honesto. No el saber meramente erudito, lo que despectivamente llamamos «saber por saber», sino saber por vivir.

*No es saber, saber hacer
discursos sutiles, vanos;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.*

Es el ideal ético al que aspiraban estoicos y epicúreos de la antigüedad grecorromana. ¿Se queda aquí sor Juana Inés de la Cruz? En esta poesía, sí. Ella, como humanista cristiana, como religiosa, sabe que hay otro saber, que es el saber vivir según «el camino de Cristo», como llama el libro de Los Hechos al estilo de vida cristiano (*Hch* 18, 25-26), pero ella, mentalmente tan disciplinada, no mezcla razonamientos teológicos con razonamientos de moral filosófica. En otros escritos, nos habla de ese saber «otro».

Así concluye este poema reafirmando una suerte de superioridad de la ignorancia; no la ignorancia del iletrado, sino la ignorancia del que no le da tantas vueltas al propio destino ni se autoanaliza con exigencia implacable:

*¡Qué felizmente viviera
el que, flojamente cauto,
burlara las amenazas
del influjo de los astros!*

*Aprendamos a ignorar,
Pensamiento, pues hallamos
que cuanto añadido al discurso,
tanto le usurpo a los años.*

3. La búsqueda del saber y de la sabiduría humana en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*

El tema de por qué estudiar e intentar saber lo expone más ampliamente en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, cuyo contexto damos a continuación.

A instancias del obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, su amigo y protector, sor Juana Inés de la Cruz había escrito una carta crítica sobre el Sermón del Mandato o de la caridad, del jesuita portugués, Antonio Vieyra, famoso predicador, destinada a la exclusiva lectura del mismo obispo. Poco tiempo después el obispo, de propia iniciativa, la publica, poniéndole el pomposo título de *Carta atenagórica*, y envía a sor Juana unas copias, acompañadas de una carta bajo el seudónimo de sor Filotea de la Cruz, en la que le alaba sus conocimientos teológicos y escriturísticos. Y le da a entender que es una pena dedique su tiempo a «asuntos humanos» y no a comentar los «Libros Sagrados». *In cauda venenum*, como la abeja, en la boca la miel, en la cola el aguijón y el veneno.

Sor Juana capta la amonestación y con libertad de espíritu le escribe en una amplia carta que se conoce como *Respuesta de la*

poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz, las razones de por qué se ha dedicado a estudiar y escribir sobre asuntos profanos y no sobre asuntos sagrados. La *Respuesta* está fechada a 1 de marzo de 1691.

Dicha respuesta es una exposición de su pasión por saber, que ella llama «vehemente y poderosa inclinación desde que me rayó la primera luz de la razón».

Y es un alegato a favor de sus derechos como mujer a estudiar y a escribir, frente a envidiosos, mezquinos y perseguidores que han intentado hasta que se le prohíba estudiar.

Su respuesta va brotando, no en forma sistemática, sino con la informalidad de una carta y con la viveza de un coloquio y va tocando varios aspectos sobre su afición a saber, que nosotros intentamos articular en los siguientes puntos.

1. Por lo que se refiere a ciencias sagradas, a las que el obispo de Puebla la invita a dedicarse, puesto que muestra tan buenos conocimientos en su *Carta Atenagórica*, responde que no le falta voluntad ni deseo. La han apartado sea las prohibiciones existentes, a varones y mujeres, de leer, traducir o estudiar la Biblia antes de cierta edad o sin ciertos requisitos, sea el considerarse indigna de la ciencia sagrada y el sentirse impreparada.

El obispo cree que ella sabe mucho como para escribir sobre asuntos sagrados: pero ella sólo conoce «cuatro bachillerías»; y añade: «Yo no estudio para escribir ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino solo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento»⁷. Parecería tautología, pero no lo es. En otro paso de la misma *Respuesta*

declara que, siendo católica, le parece deber primero dedicar toda su capacidad a mejor conocer su fe.

2. Sigue la narración, sabrosa y conmovedora, de su aventura de saber, en un mundo contrario y hostil al cultivo intelectual de la mujer.

«Desde que me rayó la luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras», que ni reprensiones ni razones en contra han valido para «dejar de seguir este impulso que Dios puso en mí». A los tres años aprende, medio a escondidas, a leer; luego, a escribir. A los seis ó siete años pide a su madre ir a la universidad de México, vestida de varón, para seguir aprendiendo. A los 8 años hace su primera loa al Santísimo Sacramento. Es lectora insaciable de libros en casa de su abuelo materno, Pedro Ramírez. De niña no tomaba queso, pues había oído que hacía rudos; y para obligarse a aprender gramática (latina), se cortaba unos dedos del cabello —adorno tan querido en la florida juventud— midiendo hasta donde llegaba antes, para que si, cuando volviese a crecer, no sabía las lecciones, se lo cortara de nuevo en pena de la rudeza: «que no me parecía razón que estuviese vestido de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno» (palabras que todo estudiante debería tener ante sí en su mesa de estudio).

«He pedido a Dios que apague la luz de mi entendimiento dejando sólo lo que baste para guardar su ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer; y aun hay quien diga que daña», comenta con ironía.

A los 16 años es enviada a la corte virreinal, donde inmediatamente conquista la admiración de todos por su belleza y talento. Es considerada algo así como una joven prodigio. A los 21 años entra en el convento de Santa Paula, de la orden de San Jerónimo. Su entrada en el convento se debió a varios motivos: ante todo,

buscar su salvación; luego, huir de la fama: «He intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificársele a quien me lo dio; y que no otro motivo me entró en religión»⁸. Si después de entrar en el convento, siguió estudiando y escribiendo, se debió al consejo de su confesor, P. Antonio Núñez de Miranda. (Al decir esto, sor Juana tiene que hacerse violencia, por su pudor y señorío interior: conservaba esto como secreto sellado en su corazón y se había propuesto no revelarlo a nadie, salvo a su confesor; si ahora lo desvela al obispo de Puebla, ello indica la vehemencia y sinceridad de la confesión que le está haciendo y la confianza que le tiene).

Sigue leyendo, estudiando, pensando, escribiendo. El locutorio de su convento se convierte en algo así como uno de los salones literarios más famosos de la Nueva España. Su fama traspasa las fronteras de su patria, se extiende por el virreinato del Perú y por la Península Ibérica. Se cartea con media España, con Quito y Lima. Sus obras completas se editan en España y ya en vida se le da el título de «Fénix de América», «Décima Musa», «portento de su sexo», etc.

Nunca sor Juana pierde los estribos ante la fama y las alabanzas. Tiene el ánimo sereno y lúcido para saber sus límites, los fallos de sus composiciones, casi todas hechas de encargo, por mandato y de prisa; no siempre tiene el tiempo para la última mano. No creemos que finja cuando lo dice en la *Respuesta* —no tenía necesidad de ello—, cuando repite una y otra vez que nunca escribió por propio gusto e iniciativa nada, salvo «un papelillo que llaman *Sueño*» y de su gusto sólo se imprimieron unos «Ejercicios de la Encarnación» y un «Ofrecimiento de los Dolores» de Nuestra Señora, y esto por la pública devoción, pero sin su nombre.

3. El fin último que tenía en mente sor Juana era estudiar las ciencias sagradas, pero antes quería poner las bases necesarias: por un lado, una firme base de cultura humanística (lenguas y cultura clásicas, literatura, retórica, dominio de la propia lengua castellana); filosofía aristotélico-platónica-tomista; ciencias naturales y música. Por otro, cultivo de la oración, pureza de vida, para alcanzar de Dios el don de la purificación del alma y de la iluminación de la mente.

Quien conozca lo que es el currículo de seminarios y universidades católicas, convendrá en que no andaba muy errada la monja mexicana. Los ciclos de humanidades, filosofía, ciencias físico-matemáticas, y teología, siguen formando el núcleo de los programas académicos actuales. Y la percepción de que ante todo es necesaria la oración, la purificación interior y la disposición teologal para el estudio de la teología parece tomada de los más recientes documentos del magisterio de la Iglesia, tanto del Vaticano II, cuanto de los últimos Pontífices.

4. ¿Ha habido quizá enciclopedismo y dispersión en los estudios de sor Juana? En parte, sí, pues su condición de mujer y de monja, y el tiempo en que le tocó vivir le han privado de universidad, maestros y condiscípulos. ¡Cuánta tristeza en aquella confesión: «proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro; pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor de las letras»⁹. «Lo que sí pudiera ser descargo mío es el sumo trabajo no sólo en carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible»¹⁰.

¡Tremenda «soledad intelectual» de sor Juana! Ella, un volcán de preguntas intelectuales y de observaciones empíricas, anhelando respuestas de los maestros, intercambio estimulante con los condiscípulos, sola en su celda, sola en su convento. Vive, sí, en medio de una comunidad numerosa, pero en ella las demás monjas tienen un mundo de intereses intelectuales muy reducido, que no va más allá de los muros del convento. Y sor Juana quiere escrutar toda la «máquina del mundo», seguir con mirada filosófica la cadena de los seres, de los más simples a los más complejos, ver sus relaciones y conexiones, escuchar sus secretas armonías. Y nadie se lo da. Pero no desprecia a sus hermanas, ni se considera superior. Las ama, las sirve, es una de ellas, disfruta de su compañía y, llegado el caso, las servirá hasta la muerte.

Aislada, en su celda, torna a sus libros y a sus reflexiones. Y allí, en total soledad intelectual, va subiendo, con enorme fatiga, los peldaños de la ciencia hacia la montaña del saber humano.

El tener que pasar de un autor a otro, de una disciplina a otra, ha sido también ocasión de enriquecimiento intelectual y estímulo para una síntesis orgánica final: si se saben buscar las relaciones y conexiones profundas, se descubren afinidades insospechadas, que, en el fondo, indican la unidad y armonía radical de los seres en el cosmos, puesto que tienen una misma fuente, que es Dios, el Ser Primero.

En el espíritu de sor Juana se juntan, pues, dos actitudes: el universalismo intelectual con la búsqueda de síntesis orgánica.

5. Esta su pasión por saber, «su negra inclinación» como la llama¹¹, y por escribir, ha tenido que pasar *dificultades* de toda índole: además de la carencia de maestros, condiscípulos,

materiales de estudio y de un ambiente adecuado, las dificultades de los envidiosos y murmuradores, que sienten como merma propia la fama ajena. «¡Y que haya sido tal esta mi negra inclinación (al estudio) que todo lo haya vencido!»¹².

La mayor dificultad y los mayores sufrimientos proceden de gente bien intencionada, que so capa del bien espiritual de ella, intentan impedirle sus estudios y su creación literaria con la sólita cantinela, que ella se sabe ya de memoria: «No conviene a la santa ignorancia que deben, este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza» (834b). «¿Que me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie de martirio donde yo era el mártir y me era el verdugo!» (*Respuesta*, 834a).

6. Amor a la *sabiduría*: sor Juana, como se ha visto, está enamorada no del mero saber libresco, sino del saber vivencial, de la sabiduría. Tiene conciencia de que una cosa es el saber erudito, y otra la sabiduría, como saber connatural más que racional, saber que ve el mundo, las cosas, a sí misma desde una perspectiva alta de sus causas últimas; sabiduría que le sirve para el recto vivir.

Hay un texto en la *Respuesta* que, aunque dicho metafóricamente, para ella, creyente sincera, mujer de agudo ingenio y finísima sensibilidad, es mucho más que un tropo literario: hablando de lo que ha sufrido por aspirar a saber, escribe: «no quiero decir (ni tal desatino cupiera en mí) que me han perseguido por saber, sino sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras, no porque haya conseguido ni uno ni otro»¹³.

A continuación viene el comentario sobre Pedro que sigue a Cristo en su pasión «a longe», de lejos: «hallábase el Príncipe de los Apóstoles, en un tiempo, tan distante de la sabiduría (Cristo), como pondera aquel enfático: "Petrus vero sequebatur eum a longe"... Era afecto a la sabiduría, llevábale el corazón, andábase tras ella, preciábase de seguidor y amoroso de la sabiduría; y aunque era tan "a longe" que no le comprendía ni alcanzaba, bastó para incurrir en sus tormentos... Yo confieso que me hallo muy distante y que la he deseado seguir, aunque "a longe". Pero todo ha sido acercarme más al fuego de la persecución, al crisol del tormento; y ha sido con tal extremo que han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio»¹⁴.

4. La «sapientia crucis», aspiración última de sor Juana Inés de la Cruz

Aunque el contexto se refiere a la sabiduría humana, que se obtiene con un estudio laborioso y prolongado, se adivina al trasluz la aspiración a la sabiduría que deriva solo de Cristo, Logos y Sabiduría de Dios, como le llama la Escritura, sobre todo al Cristo de la pasión. El texto me da pie para hacer puente entre una y otra sabiduría, la sabiduría humana, en el sentido amplio que le daba la antigüedad grecorromana (*filo-sofía*), y que englobaba saberes especulativos, referentes a ciencias naturales, aritmética, artes, y sobre todo, el arte del vivir recto; y la *sabiduría cristiana*, que deriva del Evangelio vivido, y que brota, como de manantial, de la cruz de Cristo.

Sor Juana, conocedora notable de la Sagrada Escritura, cita con frecuencia los escritos paulinos. Sin duda habrá estudiado sus cartas y habrá leído y meditado, entre otros, dos pasajes de la primera Carta a los Corintios: el primero, *1 Co* 13, 1-13:

Aspirad a los carismas superiores. Y aún os voy a mostrar un camino más excelente. Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha... La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad.

Nos excusamos con el lector por la amplitud de la cita. Hay aquí muchos temas sorjuanistas, como el de la ciencia, el de las lenguas; ella podría añadir, como uno de los carismas o dones naturales mayores, el de la poesía y aun el de la música; está también el tema del conocer humano como en un espejo, como en un enigma, ella tan amante de formular y descifrar enigmas y cuya vida fue, en definitiva, un enorme y apasionante enigma. Otro gran tema que le habría interesado, el conocer parcial frente a su sed de conocimiento total, la posibilidad futura de conocer como soy conocido. Y sobre todo, el tema del *amor*, que tanto trató en sus poemas, central en este famoso texto paulino: la mayor de las virtudes teologales, la caridad, amor o *agapé*, que, a diferencia del amor pasional y egoísta (*éros*), es un amor de benevolencia que quiere el bien del amado, del otro. «La caridad no acaba nunca»: mientras nuestro conocimiento imperfecto de

Dios (de niños) e indirecto (como en espejo) desaparecerá, la caridad o *agapé* no acaba nunca.

Entre las tres virtudes teologales, la mayor de todas es la caridad: sor Juana Inés de la Cruz no se contentaba con menos. Ya tiene meta: su inquieto espíritu —penetrante inteligencia, corazón ardiente, sensibilidad de altísimos quilates— busca el carisma mejor, del amor a Dios y al prójimo que la lleve más allá de sí misma; incluso más allá de sus queridos libros, de su lira, de su legítimo saber humano, tan arduamente alcanzado. Busca el amor oblativo. ¿Cómo alcanzarlo?

La respuesta se la va a dar el mismo San Pablo, al inicio de la misma Carta:

Porque dice la Escritura: «Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes». ¿Dónde está el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales (milagros) y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados (a la fe cristiana), lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres (1 Co 1, 19-25).

Cuando ella, dos años antes de su muerte, cierra sus libros, vende su biblioteca, reparte el producto entre los pobres, y se entrega a servir a sus hermanas religiosas afectadas por la peste, muriendo ella misma, contagiada, ha entrado en la esfera de un nuevo y superior saber: el saber que es hacer y que es dar la

propia vida por los demás, el «saber de la cruz». Sabiduría divina, pues, cuya cifra es Cristo crucificado, escándalo para judíos, necedad para los griegos.

Aclaremos que ya viene del Antiguo Testamento el anuncio de Dios al pueblo judío que las supercherías de una sabiduría puramente humana no le podrán salvar (*Is* 29, 14). Aclaremos asimismo que Pablo no condena en todo este pasaje a la auténtica sabiduría humana, don superior capaz de conocer a Dios mediante sus obras en el mundo (*Rm* 1, 19-20): «Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad».

En una genuina y simple visión cristiana, y sin pretender hacer de sor Juana Inés de la Cruz una mística ni una santa, pensamos que aquí está *la clave de interpretación* de la renuncia de sor Juana Inés de la Cruz a su biblioteca y sus instrumentos científicos, a la gloria de la fama que le producía el saber intelectual y la creación literaria: no renuncia a todo ello porque sea malo; muy inteligente y sensata es para pensarlo. Allí están sus respuestas al P. Núñez de Miranda y a sor Filotea de la Cruz, en que expresa que piensa lo contrario. El espíritu extraordinariamente lúcido de sor Juana, la mujer sensible e inteligente que busca respuestas hondas, y la religiosa creyente, que también en el nivel de su vida teologal busca respuestas definitivas, ha dado con la cifra del enigma, formulado en forma de paradoja restallante, muy del gusto de sor Juana: «la necedad divina, más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres».

¿Estamos haciendo de sor Juana una heroína mística? No lo creemos. Estamos viéndola en su normalidad de mujer excepcional, en la robustez psicológica de su personalidad, en la potencia y agudeza de su inteligencia, en su exquisita sensibilidad

de poetisa genuina, incluso en sus límites y fallos como mujer y como religiosa. A ello nos ha ayudado la historiografía, cada vez más documentada, y buena parte de ello es mérito de los inteligentes, documentados y hondos análisis de Octavio Paz. Pero también estamos ofreciendo una clave interpretativa en una línea de connaturalidad con su condición de poetisa cristiana y de religiosa, aunque no mística, sí auténtica.

Hemos ofrecido una clave pensamos no «ideológica», como califica Octavio Paz las lecturas forzadas que muchos biógrafos y críticos ultramontanos han hecho de sor Juana, presentándola poco menos que como una santa de altar. Ni es una interpretación «de parte», dada la condición de quien esto escribe. Es una clave posible, creemos, por lo menos al lado de otras, que tiene una lógica connaturalidad con la condición vital de sor Juana Inés de la Cruz: creyente auténtica, poetisa sensible, mujer inteligente que buscaba respuestas últimas. Ella había examinado, con agudeza e inconformismo magníficos, todas las posibles respuestas que le ofrecía «el mundo»: la filosofía, la ciencia, la literatura, la cultura, la fama, la corte, la vida social, y sintió que no le bastaban. ¿No habría una respuesta definitiva, *la* respuesta, que saciara sus interrogantes profundos, su íntimo anhelo existencial, si cabe hablar con un lenguaje de la segunda mitad de nuestro siglo? Conocedora excepcional de la Escritura, la encuentra en las cartas paulinas, duda por mucho tiempo, sufre ante la perspectiva de renunciar a su mundo de letras y saber humano, nobilísimo, pero siempre humano, vive interiormente los tormentos del potro sintiéndose que le descoyuntan al arrancarle sus queridos libros; pero decide desprenderse de ellos. No podemos sino barruntar su sufrimiento moral. Y aquí está su grandeza heroica.

¿Estamos haciendo de la necesidad virtud, cuando, según muchos intérpretes modernos, se vio obligada por amenazas, presiones morales y manejos de los clérigos mezcquinos de su

tiempo? Por un lado, ya hemos visto su soberana libertad ante los mismos y su recia personalidad que defiende bravamente su libertad literaria —cosa insólita en su tiempo— ante clérigos y ante la misma sociedad virreinal.

Estamos con Octavio Paz cuando comenta que aun en 1693 escribió todavía algunos romances, y aun conservó algunos objetos de valor incluso después de 1692, lo cual desmentiría la hipótesis de la pretendida «conversión». No era mujer para doblegarse tan fácilmente.

Aunque las presiones indudablemente tuvieron parte en su renuncia —hay documentación bien fundada—, nosotros no la veríamos como ruptura, sino en línea de continuidad: aquí estaría otro timbre del genio de sor Juana que, ante la adversidad de su aventura intelectual, da el gran salto en profundidad. De la sabiduría humana, que otros le obstaculizaban, salta hacia la sabiduría divina: «no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado, necedad para los gentiles, escándalo para los judíos, mas para nosotros sabiduría de Dios» (*1 Co 2, 2*).

¿De qué le valió, de qué nos valió tal «sabiduría», dirá más de alguno, cuando nos privó de tantas y tan magníficas creaciones literarias que podría haber producido en los dos últimos años de su vida, estando en la plenitud de su madurez poética? No lo negamos, fue una pérdida para la poesía, pero una ganancia para la estatura total de sor Juana: hasta el momento, nadie niega grandeza y aun heroicidad a la muerte de sor Juana, asistiendo a sus hermanas enfermas afectadas por la peste, y muriendo de contagio.

Ahora bien, este gesto de caridad heroica, no es improvisado: es flor que brota en una tierra preparada por otras renunciadas a sus bienes humanos más queridos —su vida, sus libros, su saber—, para alcanzar un nivel nuevo y diverso, la que la tradición

cristiana, con Pablo, pero ya antes con Isaías, llama «sabiduría divina», y que para los cristianos, es la sabiduría de la cruz, corazón o núcleo «duro» del cristianismo.

5. Sor Juana Inés de la Cruz descifra el enigma de su propio nombre

Sor Juana Inés de la Cruz, tan reflexiva y dada a juegos conceptuales sutiles, más de una vez habrá meditado en el significado de su propio nombre de religión:

— «Juana», nombre de bautismo;

— «Inés», por la virgen y mártir de la primitiva Iglesia cristiana;

— «De la Cruz», ¿qué querrá decir la «cruz» de su apellido? La respuesta se la da Pablo en el texto citado: la cruz es *la cifra de la sabiduría*; se obtiene no por el camino del saber humano, sino por la necesidad y el despojo. Ella había escrito en el «Ofrecimiento para el Santo Rosario»: «Por el cual dolor, Señora y Madre Nuestra, os suplicamos nos des esfuerzo y valor para morir a las cosas del mundo y vivir solo en el Señor»¹⁵.

Sor Juana abraza la cruz de su nombre y, al final de su vida entrevé, más allá de las esferas y de la gran máquina del mundo, que había contemplado en el *Primero Sueño*, una rendija por la que se cuelga un chorro de luz inusitada, la luz que irradia la Sabiduría que rige el mundo, la historia de los hombres y su propia y asendereada existencia, la luz del amor o *agapé*, cifrado en Cristo crucificado.

¹⁵ Sor Juana Inés de la Cruz, *Ofrecimientos para el Santo Rosario de Quince Misterios, que se ha de rezar el día de los dolores de Nuestra Señora la Virgen*

Dejemos esta gloria a sor Juana. Ya tenía la manzana de la belleza —concedida a la más bella entre las Gracias—; a ella se había añadido, bien ganado, el laurel de la fama poética —Décima Musa, Fénix de América, Portento de su sexo—; le faltaba la palma de la sabiduría divina. Y con una renuncia heroica a lo que es para ella más querido que su misma vida, sus queridos libros, su creación literaria, sor Juana, como San Pablo, «no quiso saber entre nosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado». Lo había cantado Dante: «L'Amor che muove il sole e le altre stelle».

Vengamos al segundo enigma sobre la paternidad de sor Juana Inés de la Cruz.

II. ¿Quién fue el padre de sor Juana Inés de la Cruz?

La identidad del padre de sor Juana Inés de la Cruz es otro de los enigmas históricos de su vida. Sabemos con certeza que es hija natural de Isabel Ramírez, la cual tuvo, además de a Juana, a otras dos hijas del primer hombre, Josefa María e Isabel. Posteriormente, con otro hombre, el capitán Diego Ruiz Lozano, engendró otros tres hijos, Inés, Antonia y Diego.

Sobre la paternidad de sor Juana, hasta ahora se ha aceptado que fue Pedro Manuel de Azbaje —o Azuaje— y Vargas Machuca. Sor Juana no podía usar para sí el apellido de su padre natural que nunca se casó por la Iglesia con su madre. Por eso, sor Juana escribe de su puño y letra en dos documentos de 1669: «en el siglo me llamaba doña Juana Ramírez de Azuaje» (De su testamento). Y en el acta de profesión afirma ser «hija legítima de don Pedro de Azuaje y Vargas».

¿Mentía sor Juana? No, dice el investigador Augusto Vallejo, posiblemente aconsejada por su confesor, el hábil jesuita Antonio Núñez de Miranda, «Juana hace un juego de palabras, mezcla

nombres y utiliza hábilmente el apellido Azuaje de su abuelo, padre de Isabel Ramírez, para decirse hija legítima sin que esto signifique que legitime al padre biológico —aunque sí enuncia el Vargas—, mismo que ni la madre —bajo juramento al tiempo de atestar— reconoció»¹⁶.

Según el mismo investigador, el nombre del abuelo materno de sor Juana no era Pedro Ramírez de Santillana como afirma Octavio Paz¹⁷, con la historiografía tradicional, sino Pedro Ramírez Azuaje, natural de las Islas Canarias, de donde procede el apellido Azuaje.

Hoy el enigma parece resuelto definitivamente. El investigador Augusto Vallejo ha encontrado recientemente, en 1986, y hecho público el año pasado, 1995, un documento que nos da el nombre y apellido reales del padre de sor Juana. Damos antes, una somera información sobre el licenciado Vallejo.

Augusto Vallejo es un investigador que ha pasado toda una vida «tragando polvo en los archivos», que acostumbra relacionar y comparar los diferentes documentos históricos, y no como los «rumiantes y rastros de documentos históricos que no cruzan sus investigaciones»¹⁸, y se reducen a repetir lo mismo sobre sor Juana. Investigador en el Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, exasesor jurídico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, trabaja actualmente sobre los *Archivos parroquiales en la Ciudad de México. Relación de Actas sacramentales de los siglos XVI y XVII*.

¹⁶ Ana Cecilia Terrazas, *Para el investigador Augusto Vallejo, llegó a su fin el misterio de 300 años: Cristóbal de Vargas, padre de sor Juana*, en Proceso 996/4 de diciembre de 1995, p. 55.

¹⁷ O. Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la Fe*, FCE, México 1982, p.

En 1986, revisando los Libros de Amonestaciones matrimoniales, del Sagrario Metropolitano, con la intención de ubicar a los personajes de la región de Chalco, se encontró con la amonestación de Josefa María, hermana de sor Juana Inés de la Cruz. Dicho documento, que reproduce en copia facsimilar en la revista «Proceso»¹⁹, dice así en una traducción paleografiada por Reynalda López Mateos del acta de amonestación de 1662:

Joseph Sanchez de paredes nl desta ciudad hijo de Juan Sanchez de Paredes y de Ines domingues de las Rivas, con d Josepha Ramires nl del pueblo de amecameca hija de xpoval de vargas y de Isabel ramirez.

Es decir: ... *Joseph Sánchez de Paredes, natural de esta ciudad, hijo de Juan Sánchez de Paredes y de Inés Domínguez de las Rivas, con doña Josepha Ramírez, natural del pueblo de Amecameca, hija de Cristóbal de Vargas y de Isabel Ramírez...*

Al lado aparecen tres líneas verticales que indican las tres amonestaciones que se hicieron en días festivos como requisito para realizar el sacramento de matrimonio.

Por tanto, el padre de sor Juana Inés de la Cruz es *Cristóbal de Vargas*. «Fue un comerciante originario de la Ciudad de México», prosigue el investigador Vallejo. «Acarreba recuas de ganado de un lado a otro en la Nueva España. Según testimoniales registradas en el Archivo General de la Nación, en la época lo acusó el padre de Ana de Ibáñez —con quien vivía amancebado— ante la Inquisición, por lo que finalmente formaliza su relación con ésta, como se inscribió en el acta de matrimonio de la parroquia de Santa Catarina, fechada el 6 de agosto de 1629». Adoptó el apellido —«en ese entonces daba lo mismo»— de su

madre, llamada Ana de Vargas, puesto que su padre se llamó Juan de Morales.

Cristóbal de Vargas tuvo un segundo matrimonio en 1647 con María de Los Santos, dice Vallejo, y es probable que, paralelamente a este enlace, hayan nacido las hijas que tuvo con la madre de sor Juana, o sea con Isabel Ramírez. Cristóbal de Vargas muere en 1666 sin mencionar su segundo matrimonio, lo que es importante porque esa omisión pudo darse para no perjudicar a las hijas de Isabel, entre ellas a sor Juana, quien ya era famosa por su inteligencia privilegiada y ya era muy conocida en la Corte del Virrey.

El nombre real de sor Juana, fue, pues, *Juana de Vargas Ramírez*. He aquí, finalmente, resuelto uno de los muchos enigmas —por cierto, no el más complejo—, de la vida y obra de sor Juana Inés de la Cruz. Estamos seguros de que irán apareciendo nuevos documentos que nos des-velarán otros lados, aún en sombra, de esta admirable mujer, gloria no sólo de la Nueva España del siglo XVII, sino también de nuestro México actual y aun de toda América.

JAVIER GARCÍA

Mexicano, doctor en teología por la Universidad de Santo Tomás en Roma. Especialista en cultura latinoamericana y evangelización, temas sobre los que enseña en la Universidad Gregoriana de Roma y sobre los que impartió numerosas conferencias en varios países. Participó como perito de la Santa Sede en Santo Domingo. Publicó, entre otros, los libros *Perfil del hombre latinoamericano hoy. Evangelio y cultura* (Roma, 1992) y *Santo Domingo en marcha: una Iglesia en estado de nueva evangelización* (CELAM, 1994).

